

Revolucion murió el 18 brumario, año VIII, á manos del que se considera como su heredero y como su ejecutor testamentario. Su muerte fué violenta, y puede calificarse de asesinato, bajo el punto de vista moral. ¿Hereda el asesino á su víctima? Nuestras leyes incluyen al homicida entre los ingratos, y le excluyen de la herencia como *indigno*. También la historia rehusará al que, con sus golpes de Estado, dió muerte á la Revolucion el título de su heredero. Con todo, hay un hecho innegable, y es que las guerras de la Revolucion, continuadas por el emperador, esparcieron las ideas del 89 en toda la Europa, y que la bandera tricolor fué por todas partes la bandera de la emancipacion. ¿Dirémos con los admiradores de Napoleon que sus continuas guerras no tuvieron otro objeto que propagar los principios de la Revolucion? ¿No sería esto tributarle una gloria por lo que no ha querido, por lo que ha hecho Dios por su mediacion, y bajo cierto aspecto á pesar suyo? Á los que hacen del emperador un ídolo responderémos que su ambicion, por confesion propia, era fundar un nuevo imperio de Occidente. ¿Acaso los que aspiran á la monarquía universal son apóstoles de libertad? Los que pisotean los derechos de las naciones ¿respetarán los derechos del individuo? ¿Hay para los conquistadores otro derecho que su ambicion? Al regreso de la isla de Elba, Napoleon dice á Benjamin Constant: "He querido el imperio del mundo, y para asegurarlo necesitaba un poder sin limites." El culpable confiesa su crimen.

No porque el crimen haya servido para propagar los principios del 89 vayamos á transformar á Napoleon en misionero de la libertad. Conquistador, emperador, aspirante á la monarquía universal, era egoísta por esencia. Á Dios es á quien hay que atribuir el bien que sabe sacar del mal. ¿Diráse que Napoleon fuera un instrumento pasivo en manos de la Providencia? Hemos dicho que la humanidad, á medida que avanza, se aproxima á Dios; y esto es verdad, sobre todo, respecto á aquellos que los pueblos saludan con el dictado de grandes; ¿no son éstos los elegidos del Señor? Hay en Napoleon como un doble personaje: el conquistador ambicioso, que no hace ciertamente lo que Dios quiere, y el sucesor de la Revolucion, que la ha matado, pero que se conserva imbuido de sus principios y revela, hasta en sus actos más reaccionarios, que respira algo del aliento del 89. Acabamos

de citar el concordato. Los amigos de la libertad condenan por ese convenio al primer cónsul. Mas que vean lo que acontece en el reino de su sobrino; el ultramontanismo, ignorante, supersticioso, fanático, invade la patria de Voltaire. ¿No sería un inmenso beneficio para la Francia el régimen galicano que Napoleon quiso restaurar? No cesó de combatir las tendencias ultramontanas que despertaron despues de la Revolucion, y en esto fué el heredero del 89; quería lo que Dios quiere.

Lo que decimos del concordato puede decirse de todo lo que Napoleon hizo. La Revolucion sentía una mision que cumplir, recorrer la Europa. Tenía conciencia de ella, y habló y obró siempre á nombre de la humanidad. Napoleon tenía también, á su manera, este genio cosmopolita; por eso ambicionó el imperio del mundo. Era ese el cosmopolitismo de la filosofía bajo una nueva forma, la peor de todas ciertamente, pero también la más necesaria. Napoleon, al mismo tiempo que renegaba á los filósofos, proseguía su obra. Fué la espada de la Revolucion, y de ello tenía conciencia. No es decir que pretendiera el papel de apóstol de los principios del 89; pero los extendió en cuanto se conciliaban con su ambicion, y lo hizo con conciencia de su obra. Oigamos los consejos que daba á su hermano José, llamado al trono de Westfalia: "Lo que desean con impaciencia los pueblos de Alemania es que los individuos que no son nobles y que tienen talento disfruten igual derecho á vuestra consideracion y á los empleos, que toda especie de servidumbre y de lazos intermedios entre el soberano y la última clase del pueblo sea enteramente abolida... Es preciso que vuestros pueblos gocen de una libertad, de una *igualdad*, de un bienestar desconocidos á los pueblos de la Germania." Este lenguaje es el del 89 en boca de un conquistador. Si las ideas del 89 hubieran permanecido concentradas en Francia, la Revolucion no hubiera podido cumplir su mision; para ello necesitaba la conquista. ¿Podrá decirse que el conquistador que quiere que los vencidos tengan una *libertad* y una *igualdad* mayores que las que en torno reinan, puede decirse, repetimos, que ese conquistador es un instrumento ciego de los designios de Dios?

Napoleon quiere la monarquía universal. Nada más contrario á los designios de Dios. Hé aquí una oposicion completa, en apariencia, entre lo que quiere Dios y lo que quiere el hombre. En efecto,

Napoleon desconoció los derechos de las naciones, anexionando á su inmenso imperio hoy los Italianos, mañana los Alemanes, despues los Holandeses; vencedor de la Rusia, se hubiese anexionado los Españoles y los Portugueses, y realizados esos inmensos proyectos, no existirían naciones. Sin embargo, Napoleon fué el primero entre los hombres políticos que pronunció la palabra nacionalidad. Mientras en Viena se disputaban los despojos del gran conquistador, mientras se dividían las almas, según su número y su calidad, el emperador destronado decía en Santa Elena: "La aglomeracion de los pueblos se verificará, tarde ó temprano, por la fuerza de las cosas, y pienso que despues de mi caída y de la desaparicion de mi sistema, no hay en Europa otro gran equilibrio posible que la aglomeracion de los grandes pueblos." Napoleon iba más lejos, pues pretendía que tal fué su pensamiento: concentrar los pueblos que la diplomacia había fraccionado. "Hubiera querido hacer, decía, de los Franceses, de los Italianos, de los Españoles, cuerpos de nacion. Con semejante cortejo hubiera sido glorioso avanzar en la posteridad y realizar la bendicion de los siglos. Yo me sentía digno de esta gloria." Si, era ese el camino de la gloria, porque era el camino de Dios. Pero el emperador se hacía una extraña ilusion, imaginándose que él, el pretendiente al imperio del mundo, había sido el campeón de las nacionalidades. Á lo sumo, lo fué como sucesor de la Revolucion; á Dios y no al hombre corresponde la gloria; pero ya cabe y grande en tener conciencia de los designios de Dios y haber presentado el porvenir. Hasta se puede añadir que Napoleon concurrió á los designios de la Providencia. Él comenzó la regeneracion de Italia, y legó á su sobrino el cumplimiento de tan grande obra, la más bella del siglo XIX. Él reconstituyó un nuevo reino de Polonia, gérmen de donde hubiera podido retoñar la nacionalidad polaca. Por otra parte, fuerza es confesarlo, en los países de raza germánica no despertó, por una generosa iniciativa, el espíritu de nacionalidad, sino por sus excesos de conquistador. Aquí fué un instrumento en las manos de Dios.

La caída de Napoleon es una protesta contra la idolatria que sus adoradores le han consagrado; ¿quién venció al invencible? Los unos responden, el clima de Rusia; los otros, el oro de Inglaterra, y no falta quien lo atribuya á la traicion del Aus-

tria. No, el emperador sucumbió bajo la reaccion del espíritu de nacionalidad y de libertad. En tanto que se las hubo con los reyes y sus ejércitos, fué vencedor. Pero los excesos de la conquista acabaron por sublevar contra él á las naciones, y desde que las naciones se presentaban sobre el campo de batalla, Napoleon sucumbe. La raza heroica que tantas veces había conducido á la victoria hubiera podido salvarle; mas el despotismo imperial le había enajenado la Francia. Contra él se levantaban la libertad y las nacionalidades, es decir, las dos potestades á quienes pertenece el porvenir. ¡Qué testimonio contra Napoleon! Esto prueba que cuanto había en él de grande estaba viciado por el egoísmo del conquistador y del monarca universal, y prueba asimismo que nunca fué el defensor de la libertad ni el campeón del derecho de los pueblos. Heredero de la Revolucion, hubiera vencido á la Europa entera; por mejor decir, jamás hubiera mediado entre él y la Europa el duelo gigantesco que le llevó á Santa Elena. Cayó bajo el peso de los principios que había renegado. Aquí media un acto de justicia divina que pide que nos detengamos un poco á considerarlo.

N.º 3.—La Providencia y la justicia divina.

I.

Cuando buscamos en los hechos la prueba del gobierno providencial que rige las cosas humanas, le consideramos como la educacion del género humano, á la cual preside Dios. Si hay un Dios, hay también una justicia divina. La justicia ejercida por el que es todo amor no puede ser más que un instrumento de educacion. Dios castiga para restablecer el orden moral; pero si la pena supone un mal, es porque el mal debe corregir al culpable y atraerle á la vida que Dios ha trazado á sus criaturas. Hé aquí por qué, al hablar del gobierno providencial, nada hemos dicho de la justicia, pues á nuestros ojos se confunde con la educacion que la Providencia dirige. No obstante, cuando el historiador encuentra uno de esos actos sorprendentes de la justicia divina que afectan el espíritu de los pueblos, debe ponerlo en evidencia para fortificar el sentido moral y mostrar la mano de Dios á los que pretendan negarla.

Cuando los Españoles se levantaron contra el atentado de Bayona, predijeron á Napoleon que encontraría su castigo en la tierra donde había pisoteado el derecho y el honor. "Sabe, le decían, que podrá tardar un ruidoso castigo, pero que siempre llega para los grandes crímenes. Tiembla ante España, no á causa de su propia fuerza, sino á causa de su conciencia." Esta apelación á la justicia divina fué atendida y la sentencia rápida y solemne. Ya los contemporáneos observaron que la ruina de Napoleon data del crimen de Bayona. Los espíritus se apartaron de él, y la fortuna le abandonó. Bien pronto el edificio de su maravillosa grandeza vino á tierra, y sobre sus ruínas se escribió "que fuera de la moral y de los derechos de los pueblos, no hay sino abismos."

¿Cómo la debilidad llegó á vencer á la fuerza? Si los Españoles hubieran tenido que luchar solos contra el omnipotente emperador, hubieran sucumbido; la justicia de Dios se hubiera siempre manifestado, pero más tardía, ménos ruidosa. El apoyo de Inglaterra no fuera suficiente para vencer al gran capitán, si hubiera éste concentrado sus fuerzas y su genio en la guerra de España, como debiera haber hecho y la prudencia aconsejaba. En lugar de combatir á los Españoles y á los Ingleses, se lanzó en una guerra descabellada. Él mismo no sabía por qué emprendía la expedición de Rusia. Napoleon dice, en una proclama, "que la Rusia es arrastrada por la fatalidad y que sus destinos deben cumplirse." Á Alejandro escribió "que la Providencia invisible, cuyos derechos é imperio reconocía, ha decidido este asunto como tantos otros." En efecto, un hombre grande entre los grandes se veía arrastrado por la fatalidad de sus pasiones. La Europa coaligada contra él no había logrado vencerle; fué preciso que él mismo pusiera algo de su parte para arruinar su poder. Al verle emprender esa guerra insensata, un antiguo general de la república, Dumouriez, exclamó: "Dios comienza por cegar á los que quiere perder." La mano de Dios es visible, de Dios vengador de los derechos de la humanidad, ultrajada por el nuevo César. La catástrofe de Rusia no bastó para hacerle entrar en razón. Como por encantamiento creó un nuevo ejército; pero encontró un nuevo adversario, el espíritu de libertad. El invencible fué vencido; pero era tal el terror de su nombre, que los vencedores le ofrecieron condiciones magnifi-

cas. Al rehusarlas, firmaba su abdicación. La Francia hubiera podido salvarle: ella había ya luchado contra la Europa entera sin tener á la cabeza un hombre de guerra como Napoleon, mas en 93 estaba animada por el entusiasmo de la libertad. La libertad se agitó todavía en 1813, débil y respetuosa; pero Napoleon la rechazó, corriendo á su pérdida. La expiación comienza.

No es Moscow, ni Leipzig, ni Santa Elena la expiación predicha á Napoleon por los Españoles: es el pueblo que abandona á su emperador, al elegido del pueblo, por no ver en él sino un insensato, el autor de todos sus males, el opresor de las naciones, el verdugo de la Francia, el tirano más espantable que haya jamás pesado sobre la especie humana. Tales fueron las duras verdades que el consejo municipal de París dirigió al que era en otro tiempo el ídolo de la Francia. ¿Y qué dijo la nación? Permaneció impassible en presencia de la desgracia más formidable que pueda herir á un pueblo generoso, la invasión del extranjero. El egoísmo se ve por sí mismo castigado; Napoleon lo había resumido todo en sí: un solo hombre existía en Francia, el emperador. La nación se retiró, y cayó el gigante.

II.

Napoleon cae, porque abandona los principios de la Revolución de la que era el misionero armado. Los papeles se han trocado. Los reyes coaligados contra los principios del 89 son quienes los inscriben en sus banderas. ¡Esto es prodigioso! La Europa feudal se había coaligado para sostener el feudalismo y la vieja monarquía. Si hubiera triunfado en 92, hubiera habido un Terror blanco tan sangriento como el rojo, y el triunfo de la libertad habría tardado aún un siglo. Todas las ligas formadas por los reyes sucumbieron; Napoleon se encargó de su propia derrota. Á seguida del desastre de Moscow se ve un espectáculo extraño. Los reyes del Norte, jefes de pueblos medio bárbaros, hablan el lenguaje de la Constituyente: prometen á los príncipes y á los pueblos *libertad é independencia*; su único objeto, según ellos, es conquistar los *derechos inalienables* de las naciones. Cuando se leen las proclamas de los generales rusos y prusianos, se creería estar bajo la Convención nacional: "Hermanos, exclama el uno, marchemos unidos

por la libertad de Alemania. Toda distinción de nacimiento, de rango, de país está desterrada de nuestras legiones. Somos todos hombres libres." Otro, un Ruso, dice que el emperador de Rusia y el rey de Prusia se han armado únicamente para ayudar á los pueblos á recobrar su libertad y su independencia, estos bienes hereditarios que les han arrebatado, pero que son *imprescriptibles*.

Hé ahí instrumentos de Dios. ¿Por qué se coaligaron en 92 contra la Francia? Porque la Revolución había proclamado los derechos de los hombres y de los pueblos, lo que minaba en sus fundamentos á la vieja realeza, ¡y ahora proclaman esos derechos inalienables é imprescriptibles! Fué todo hipocresía y engaño; en buen hora. Apénas vencedores, olvidaron sus bellas palabras, y en Viena trataron á los pueblos como rebaños. Pero esto, cuando ménos, prueba una cosa, que los reyes absolutos sentían que su reino debía terminar. Á cortesanos de la fuerza se les vió, durante el imperio, hacer antecámara á Napoleon y confundirse con los lacayos. El emperador era el más fuerte. Mas hé aquí que de pronto los reyes hacen la corte á la libertad, prueba de que la libertad ha sobrepujado á Napoleon en poder. Luégo la burlan, lanzándose ciegos en una reacción estúpida y creyéndose los amos. Pero 1830, 1848, continúan el movimiento del 89. Los reyes se van y los pueblos vienen. En definitiva, los reyes son instrumentos en las manos de Dios, y puede también decirse que concurren á sus designios. Cuando toman las armas contra la Revolución no sospechan el papel que representan; desencadenan el monstruo revolucionario, y no cesan de combatir á Napoleon como el hombre de la Revolución, hasta que los tres colores, símbolo de la libertad, den la vuelta á Europa. Entónces se aperciben de cuál es el poder irresistible de la libertad; tienen conciencia de los designios de Dios, y se asocian á ellos. Poco importa que hagan traición á la causa que les ha dado la victoria; sus ojos han sido heridos ya por un rayo de la luz divina. Es, pues, cierto que los hombres acaban por tener conciencia de los designios de Dios; desde entónces dejan de ser simples instrumentos. Si esto acontece respecto á los reyes, á despecho de su incurable egoísmo, ¿qué sucederá respecto á los pueblos, que tienen de su parte al porvenir?

Napoleon se dijo siempre órgano y representante de la soberanía popular. Así, respecto á él con

mayor fuerza que respecto á los reyes de la vieja Europa, resalta el admirable concurso de la libertad humana y del gobierno providencial, cuyos testimonios buscamos en la historia. Mata la Revolución el 18 brumario, aunque, á decir verdad, estaba ya muerta en Francia; pero faltábale conquistar la Europa, y Napoleon se encarga de esta misión, á la que su genio y sus pasiones le llaman. En apariencia sólo persigue un objeto personal; diríase que es el egoísmo encarnado; mas esta es sólo una faz de esa gran figura. Jamás olvida que su bandera es la bandera de la Revolución, y aún en sus más funestas empresas permaneció el soldado de las ideas del 89. Restaura la realeza en Francia y la arruina en Europa. Restablece los feudos en provecho de sus generales, y extirpa por todas partes el régimen feudal. Pisotea á los pueblos, y los mutila, y los disuelve, y los reconstituye conforme á los caprichos de su ambición; y no obstante, él es quien despierta la nacionalidad italiana y quien da una primera satisfacción á la nacionalidad polaca. Luego quiere lo que Dios quiere, por más que también pueda decirse que es el hombre del pasado y que contraria los designios de Dios. Imágen del hombre y de su imperfección, su voluntad no puede jamás confundirse con la voluntad divina, porque entónces cesaría de ser hombre. Pero debe ir sin cesar aproximándose á Dios: tal es la ley del perfeccionamiento infinito que Dios le ha dado. ¿Negarése todavía que Dios está en la historia? ¿Diráse que el gobierno providencial destruye la libertad humana? No basta negar, como no basta afirmar; es preciso probar. Hemos recogido un pequeño número de hechos en los que resalta un poder distinto del del hombre, el de Dios, que la humanidad adora y continuará adorando, á despecho de las negaciones. Estos hechos confirman la fe universal. La historia, escrita bajo este punto de vista, es la justificación de Dios. ¿Anula al hombre? Se anula tan poco que, por el contrario, le muestra que se va elevando sin cesar hácia Dios. Desterrando á Dios de la historia, se rebaja al hombre, porque se le convierte en juguete de una fuerza ciega, llámese azar, naturaleza ó ley, al paso que se le engrandece cuando se le enseña que Dios dirige sus destinos, dejándole siempre entera libertad, acompañada de responsabilidad. ¡Hé aquí lo que constituye nuestra verdadera grandeza!